

EDICIONES DE LA I. MUNICIPALIDAD DE
SANTIAGO

TEOFILO CID / ARMANDO MENEDIN

ALICIA
YA NO SUEÑA

T E A T R O

Comedia dramática en tres actos

P R I M E R P R E M I O

Juegos Literarios "Gabriela Mistral"

TEOFILO CID *

Obras publicadas:

"Bouldroud". Cuentos.

"El Camino del Nielol". Poesía.

"El Tiempo de la Sospecha". Novela.

"Niños en el Río". Poesía.

"Nostálgicas Mansiones". Poesía.

ARMANDO MENEDIN

Obras publicadas:

"Hacia el Mar...". Comedia en tres actos.

"Los Tiempos Felices". Duodrama en tres actos.

"Los Seres Extraños". Cuentos.

"Lo que no puede morir...". Novela.

"Laura". Novela breve.

(Actualmente dirige la conocida colección

"El Viento en la Llama").

* Falleció en junio de 1964 a la edad de cincuenta años en Santiago de Chile.

Esta obra obtuvo el Primer Premio en los Juegos Literarios
"Gabriela Mistral", 1961, de la I. Municipalidad de Santiago.

"Alicia ya no Sueña", comedia dramática en tres actos de Teófilo Cid y Armando Menedín no podrá ser representada por compañías profesionales o independientes. Ni por televisión o radiotelefonía sin la autorización de la Sociedad de Escritores de Chile.

PERSONAJES:

ALICIA.....	Joven de dieciocho años.
EUGENIA.....	Hermana mayor de Alicia.
FELIPE.....	Marido de Eugenia.
ARTURO	Dueño de una fábrica de juguetes.
MARIO	Jefe de talleres de la fábrica.
ALFIL.....	Loco del barrio (sólo la voz).

PRIMER ACTO

La escena representa el taller de trabajo de Felipe. Puerta en el foro que da al exterior. Ventana con balcón, a la derecha del público. Puerta a la izquierda que da al interior de la casa. Mesa de dibujo junto al balcón, sillones, bastidores y atriles para dibujar, bocetos que ilustran escenas del libro "Alcía en el País de las Maravillas", etc. El todo debe dejar la impresión de un ambiente agradable, acogedor y ligeramente bohemio. Al levantarse el telón, Felipe conversa con Mario mientras dibuja. Mario sigue con atención los movimientos de la mano del dibujante.

ESCENA 1ª

(Felipe y Mario)

MARIO.—¡Espléndido! Me parece que ningún dibujante ha logrado jamás una interpretación tan fina... ¿Cómo decirlo?... tan delicada y a la vez tan audaz como las que Ud. realiza con las ideas del poeta.

FELIPE.—No sé, eso tal vez se debe al gran cariño que he sentido por el libro. Como Ud. sabe, mi querido Mario, mi vida desde hace muchos años, no sé por qué suerte extraña, ha seguido como una peonza girando alrededor del País de las Maravillas.

MARIO.—¡Y pensar que hay tanta gente en el mundo que cree que entre la poesía y la realidad no existe contacto alguno! Su vida, don Felipe, es una prueba palpable de que también se pueden armonizar esos términos, aparentemente contradictorios.

FELIPE.—Pero todo eso lo he debido pagar y lo estoy pagando. Esos inocentes muñecos constituyen la causa constante de mis desaveniencias conyugales.

MARIO.—Sin embargo esos muñecos son amados por miles de niños en el país.

FELIPE.—Sí, gracias a Ud. que, como jefe de la fábrica, los realiza y los anima sacándolos del papel de dibujo para transformarlos en hermosos juguetes.

MARIO.—En hermosos juguetes que le han dado una pingüe ganancia a don Arturo y el verdadero creador de ellos continúa tan pobre como antes.

FELIPE.—No se apresure, joven. El verdadero creador de estas figuras no soy yo, sino la pequeña Alicia.

MARIO.—Es cierto. Ud. me ha contado en muchas ocasiones como de la cabecita de una niña surgió la idea de dar vida a los personajes de "Alicia en el País de las Maravillas".

FELIPE.—En esos años, después de mi fracaso como arquitecto, mi único refugio era Alicia. Eugenia y yo, como Ud. sabe, no tuvimos hijos, de tal modo que la llegada de su hermanita menor fue para nosotros providencial, especialmente para mí. Contándole el relato de Lewis Carroll, los personajes se nos hicieron familiares hasta el extremo de que, por decirlo así, parecían vivir junto a nosotros. El grifo, el conejito blanco, el sombrerero, la liebre de marzo, que aquí en América deberíamos llamar de Septiembre, todos nos rodeaban, circundándonos con sus gestos amables y su conducta absurda.

MARIO.—Lo raro es que Alicia sigue viviendo todavía en ese mundo sobrenatural.

FELIPE.—Es lo que a diario me enrostra Eugenia; dice que yo le corroppo la imaginación, apartándola de la realidad.

MARIO.—¿Y qué es la realidad? Hemos visto crecer una idea poética y transformarse en una empresa próspera; claro está que gran parte de esa prosperidad se debe a la habilidad de artesanos y obreros que trabajan en la fábrica y a los reducidos salarios que paga don Arturo. Precisamente so-

bre esto último quería hablarle, don Felipe. Existe una creciente inquietud entre el personal de la fábrica y esto puede acarrear nos molestias a todos. ¿Por qué Ud. que es parte vital de la empresa, no le hace ver a don Arturo la necesidad de mejorar la situación económica de la gente?

FELIPE.—¿Quién? ¿Yo? Déjese de tonterías, amigo mío. Para Arturo Lavín yo sólo soy el soñador, el hombre frustrado, el arquitecto a quien le demolieron un edificio porque se dejó engañar por unos vivos, y después cargó con la responsabilidad de todo el fracaso; no. No soy yo quien puede aconsejar a un hombre práctico como él.

MARIO.—Es una lástima, porque así como van las cosas, en cualquier momento estallará la huelga.

FELIPE.—Es incomprendible, para mí al menos, que un hombre que gana tanto dinero, se cree esta clase de conflictos con la gente que trabaja para él; entiendo que El País de las Maravillas tendrá una nueva sucursal.

MARIO.—Sólo falta la autorización para importar el plástico que se necesita para la confección de los nuevos muñecos. Esto significará más dinero para el bolsillo de don Arturo Lavín; bien dice mi mujer que tengo la virtud de enriquecer a los demás, tal cual me sucedía en mi época de arquitecto; todos ganaban, menos yo. Y cuando llegaron las horas grises, nadie me tendió la mano. Ahora sólo construyo castillos de naipes para que Alicia se divierta derribándolos.

ESCENA 2ª

(Felipe, Mario y Alicia)

ALICIA.—(Trae una bandeja con tazas de té). Señores, la loca tertulia del té ha comenzado. (Hace una reverencia). Hoy parece que disfrutamos de la presencia del arrogante sombrero. (Le hace una reverencia a Mario).

MARIO.—A los pies de Ud., señora Alicia; nuestro mayor placer es tomar té en buena compañía y lo seguiremos tomando todo el tiempo, para lo cual, hay que cambiar de asiento a cada instante.

FELIPE.—No olvidemos un detalle, el pan con mantequilla. Pero veo que falta la mantequilla.

ALICIA.—No importa. Comeremos compotas y mermeladas.

MARIO.—Las que también brillan por su ausencia.

ALICIA.—Ud. señor sombrerero, tiene un reloj que marca los días y los años en vez de las horas. Creo que ya sería oportuno que lo sumergiera en su taza de té.

MARIO.—El único reloj que tengo es de pulsera, Sra. Alicia. No creo que pueda meterlo, en el té.

FELIPE.—¿Ves, mi querida Alicia, que no es posible representar exactamente, la loca tertulia del té? Bien es cierto que yo soy sólo un lirón dormilón y en verdad debería entregarme a mis sueños mientras Uds. hablan.

ALICIA.—¿Qué es eso de entregarse a los sueños? ¿Es que Ud. ha hecho otra cosa en su vida? (Se levanta de la mesa y dirigiéndose a cada uno de los cuadros). Buenas tardes, conejito blanco. Por seguirte a tu madriguera extravié el camino aquella tarde. Y tú, Ana María, confidente de la Duquesa, también tengas muy buenas tardes. Y toda la baraja con la Reina de Corazones a la cabeza, también las tengan. Uds. son los espectadores de esta tertulia, que dejó de ser loca porque el sombrerero no quiere ser sombrerero, ni el lirón quiere ser lirón.

MARIO.—Yo quiero ser sombrerero, mi señora Alicia. Es uno de los oficios más notables que existen. El que lo ejerce sabe que la cabeza es fuente de todo lo sagrado, de todo lo bello y trata por eso de cubrirla. ¿El mismo firmamento no es acaso un gran sombrero tachonado de estrellas?

ALICIA.—¡Bravo! Le encargaré un sombrero constelado para este lirón dormilón.

FELIPE.—Que duerme con un solo ojo, les advierto.

ALICIA.—(Se dirige a un nuevo cuadro). La falsa tortuga...

¡Qué mirada tan triste tiene!

FELIPE.—La mirada que tendrías tú si supieras que iban a hacer una buena sopa con tu persona. Es el riesgo que corren siempre las tortugas.

MARIO.—Como esa tortuga es falsa no corre ningún peligro.

ALICIA.—¿Por qué no? ¿No ha tomado Ud. nunca una falsa sopa de falsa tortuga?

MARIO.—Sí, creo que en cierta oportunidad me sirvieron ese plato.

ALICIA.—¿Y qué gusto tenía?

MARIO.—Pues, como gusto no tenía ninguno. Sólo causaba disgusto.

FELIPE.—La verdad es que, de todo esto, no entiendo nada.

ALICIA.—¿Es que se ha visto alguna vez a un lirón entender algo?

FELIPE.—Irrefutable verdad. Los lirones saben dormir y soñar.

Por lo demás, es lo que me repite a diario tu hermana Eugenia...

ALICIA.—O sea la Reina de Corazón. La señora que corta cabezas, la que condena antes de emitir el fallo.

MARIO.—Extraña manera de administrar justicia.

ALICIA.—En el País de las Maravillas la palabra justicia no tiene sentido, porque no existe lo injusto y por lo tanto todo es justiciero y perfecto.

ESCENA 3ª

(Felipe, Mario, Alicia y la voz de Alfil, fuera del escenario)

ALFIL.—Don Felipe, don Felipe...

FELIPE.—Amigos, perdonen un instante. (Haciendo una reverencia). El Alfil Blanco me habla desde la calle. (Abre la ventana). ¿Qué maravillosa jugada se trae hoy entre manos, señor Alfil?

ALFIL.—Jaque Mate para don Arturo, el Rey Negro...

MARIO.—¿Para don Arturo? Me parece una gran idea y una partida bastante difícil.

ALICIA.—¡Pobre don Alfil! ¿Es cierto que en su juventud, fue un famoso ajedrecista?

FELIPE.—¡Ya lo creo! Llegó a ser uno de los más notables jugadores, hace unos treinta años y...

ALFIL.—(Llamando). Mi Reina Blanca... ¿dónde está mi Reina?

ALICIA.—(Asomándose). Aquí... aquí... Puesta en Jaque Mate por dos caballeros.

ALFIL.—El único enemigo que tiene la Reina Blanca es el Rey Negro.

ALICIA.—¿Don Arturo? ¡Qué disparate!

ALFIL.—Don Felipe, si Ud. baja, le explico cómo un simple Alfil se puede comer a un Rey.

FELIPE.—La jugada maravillosa...son los cigarrillos que viene a buscar todas las tardes. Ya voy, señor Alfil, ya voy. (Sale).

ESCENA 4ª

(Alicia y Mario)

MARIO.—La bondad de don Felipe para este loco del barrio es realmente conmovedora.

ALICIA.—¿Cree Ud. que sólo es bondad? Felipe afirma que nuestro ajedrecista, en medio de sus insensateces, dice cosas muy acertadas y verdaderas. Mire Ud. que eso, de llamar a don Arturo Rey Negro... ¿No cree que es un acierto notable? Me han dicho que no es muy simpático.

MARIO.—En efecto. Don Arturo es un personaje poco querido.

ALICIA.—Y pensar que los niños lo deben creer un mago prodigioso. Los juguetes Lavín andan en todas las manos infantiles.

MARIO.—A propósito de esto, Alicia... ¿Sabía Ud. que existe el proyecto de abrir una nueva juguetería?

ALICIA.—Sí, algo me había dicho Eugenia. Creo que ella va a

ser la gerente del "PAIS DEL ESPEJO". ¿No es así como va a llamarse la nueva tienda?

MARIO.—Esa es al menos la promesa que se le ha hecho. Este proyecto de ampliar la empresa es algo que hace tiempo he venido deseando. ¿Y sabe Ud. por qué Alicia? No es desde luego por el mero afán de ganar dinero, aunque esa posibilidad no deja de agradarme. Es tal vez porque... ¿cómo decirlo? En ello se juega gran parte de mi porvenir.

ALICIA.—¿El porvenir? Mi hermana tiene siempre esa palabra en los labios.

MARIO.—No sólo su hermana, sino también todos aquéllos que desean una mínima seguridad para las personas que aman.

ALICIA.—¿Es que Ud. ama a alguien en particular?

MARIO.—Sí, desde hace algún tiempo.

ALICIA.—Y... ¿Ella lo sabe?

MARIO.—No, ella no lo sabe. Ella vive en un mundo encantado, como la propia Alicia del País de las Maravillas.

ALICIA.—Pues habérselo dicho...

MARIO.—Se lo he dicho todos los días, con la mirada, con el lenguaje de los gestos.

ALICIA.—Es un bello lenguaje el de las miradas que yo, ignorante que soy no podría entender.

MARIO.—Míreme a los ojos, Alicia. ¿Lee Ud. algo en ellos? (Se quedan mirando profundamente. Cuando Alicia hace un ademán para responder, entra Felipe).

ESCENA 5ª

(Mario, Alicia y Felipe)

FELIPE.—(Desde la puerta). ¿Sabían Uds. para qué me quería don Alfil y cuál era la jugada maravillosa que quería enseñarme? Se puso frente a la puerta de la fábrica a arengar a los obreros en contra de Arturo, o sea del Rey Negro como

él lo llama. Me parece que las cosas se están poniendo difíciles, Mario.

MARIO.—Voy a ver lo que sucede. Alicia, no olvide Ud. el lenguaje del silencio. Uno de estos días vendré a pedirle la lección. Hasta mañana. (Sale).

ESCENA 6ª

(Alicia y Felipe)

FELIPE.—¿Qué lenguaje es ése del silencio?

ALICIA.—Uno que estoy tratando de aprender. Se habla con los ojos y resulta divertido observar cómo se entienden muchas cosas.

FELIPE.—Otra flor de tu fantasía.

ALICIA.—Una fantasía que promete ser muy hermosa. (Se acerca a Felipe que construye un castillo de naipes). Ahora que estamos solos, Sr. lirón, ¿podemos continuar con la loca tertulia del té?

FELIPE.—Me parece bastante difícil. Falta el té, el pan, la mantequilla y sobran las preocupaciones, mi querida Alicia.

ALICIA.—Lo noto triste, Sr. Lirón, ahora que estoy aprendiendo a leer en los ojos me doy cuenta de muchas cosas. No hay por qué estar triste. La loca tertulia del té continúa. (Toma la bandeja y gira en torno a la habitación. La sorprende Eugenia cuando entra por la puerta del foro).

ESCENA 7ª

(Alicia, Felipe y Eugenia)

ALICIA.—(Saludando). ¡La Reina de Corazones!

FELIPE.—Bienvenida sea.

EUGENIA.—Veo que siguen con las mismas tonterías de siempre.

Les advierto que no estoy de humor para seguirles el juego, después de lo que pasó hoy en la tienda.

ALICIA.—Apuesto que los juguetes quieren también declararse en huelga, porque la Reina de Corazones les aumenta el precio y los niños tendrán que conformarse con mirarlos de lejos.

EUGENIA.—Déjate de bromas. El culpable de mi fastidio es ese loco amigo de Uds.

FELIPE.—¿Alfil?

EUGENIA.—¿Quién otro podría ser? Esta mañana, a la hora de mayor afluencia de público, apareció este lunático con la idea de trasladar la tienda a la calle.

FELIPE.—¡Qué tío estupendo don Alfil! Me habría gustado estar presente y divertirme de lo lindo.

EUGENIA.—Claro, como tú no tienes la responsabilidad del negocio, es fácil hablar así.

ALICIA.—Pero cuenta, Eugenia... ¿para qué quería hacer eso?

EUGENIA.—Quería, según expresó a gritos, jugar una gran partida de ajedrez, utilizando como piezas a los muñecos y a las manzanas de casas como tableros.

FELIPE.—Descomunally partida de ajedrez habría sido ésa.

EUGENIA.—Sí, descomunally fue el lío que provocó. Arturo se vio forzado a sacarlo de viva fuerza de la tienda.

ALICIA.—Es lamentable lo ocurrido... ¡Pobre don Alfil!

EUGENIA.—No compadezcas tanto a ese deslenguado. Frente a la tienda llenó de improperios a don Arturo y lo amenazó de Jaque Mate, llamándolo Rey Negro.

FELIPE.—Es el nombre con que ya lo conocen los obreros de la fábrica. Semejante mote no te causa mucha gracia.

EUGENIA.—En fin, es de esperar que no aparezca de nuevo por el negocio.

ALICIA.—Para disipar tu mal humor iré a preparar una taza de té. (Alicia retira la bandeja que está sobre la mesa y sale).

ESCENA 8ª

(Felipe y Eugenia)

EUGENIA.—Arturo preguntó por los dibujos.

FELIPE.—Ya están casi concluidos.

EUGENIA.—Debiste entregarlos ayer. Pero como pierdes el tiempo en cosas inútiles, te quedas siempre en el cási.

FELIPE.—Vuelves a empezar, mujer.

EUGENIA.—Sí, vuelvo a empezar como dices. Pero ahora hablaré claro, muy claro.

FELIPE.—Lo que dices no me toma de sorpresa. Siempre has hablado claro, con excesiva claridad, por desgracia...

EUGENIA.—Para tí, porque prefieres vivir como agazapado en tu egoísmo, sin que te importe nada lo que sucede a tu alrededor.

FELIPE.—¿Qué sucede, mujer, qué sucede?

EUGENIA.—¿Y me lo preguntas? Has de saber que Arturo se interesa por Alicia.

FELIPE.—¿En Alicia? ¿En qué forma?

EUGENIA.—¿Cómo en qué forma? Desea casarse con ella.

FELIPE.—¡Qué absurdo!

EUGENIA.—Más absurdo es que a los dieciocho años la muchacha continúa comportándose como el personaje de un libro de cuentos. Y eso tan solo porque a su notable cuñado le da placer y gusto.

FELIPE.—Vamos por partes, Eugenia. No nos precipitemos. Tú al parecer no tomas en cuenta los sentimientos de tu hermana. ¿Crees tú por acaso que estaría dispuesta a casarse con un hombre que casi la triplica en edad y que bien podría ser su padre?

EUGENIA.—Alicia es una niña a quien puede aconsejarsele. No creo que tenga idea formada acerca del matrimonio.

FELIPE.—Lo que es para eso no cuentes conmigo.

EUGENIA.—¿Y cuándo he contado para algo contigo, se puede saber?

FELIPE.—¡Basta! No sigamos hablando de este asunto. (Intenta irse).

EUGENIA.—No, no te vayas como sueles hacerlo siempre que deseo hablar en serio, contigo. Bien sabes que todo lo que hago es por el bien de nosotros.

FELIPE.—¿Y crees que casando a Alicia con Arturo haces algún bien?

EUGENIA.—No lo pongas en duda. Un mal irreparable para ella sería que prosiguiera a nuestro lado... Mejor dicho a tu lado. Tú desde que era pequeña, le has inventado un mundo enteramente falso, en donde ella es la protagonista de aventuras extravagantes.

FELIPE.—He dicho que no se hable más del asunto.

EUGENIA.—Lo comprendo perfectamente. (Con ironía). Sé que se te hace duro dejarla que se vaya de la casa. Te quedarías solo, y eso te asusta.

FELIPE.—Sí, es verdad. Durante muchos años, la pequeña ha sido para mí una compañera como tú nunca lo fuiste. Pero, si se fuera al encuentro de la dicha, no sería yo quien se lo impidiera.

EUGENIA.—Es lo mismo que yo deseo.

FELIPE.—Pero has elegido un mal camino para lograrlo.

EUGENIA.—Si Alicia se casa con Arturo, obtendrá lo que muy pocas mujeres tienen; posición económica, social, en fin todo lo que constituye lo mejor de la vida.

FELIPE.—Sí, todo, menos la felicidad.

EUGENIA.—Creyendo en la felicidad me casé contigo y ya ves tú, cada día nos comprendemos menos. El aspecto económico que tú tanto desprecias ha terminado por separarnos... Me acerqué a ti llena de ilusiones, eras un hombre de porvenir. Pero ante la menor dificultad, hiciste lo que la avestruz, escondiste la cabeza y no quisiste saber ya nada del mundo real. Es natural, por eso, que deseo para mi hermana lo que personalmente no pude lograr para mí.

- FELIPE.—Es una lástima que no halles un instante de reposo, porque yo, en verdad soy un hombre casi feliz.
- EUGENIA.—Una felicidad basada en sentimientos egoístas sólo acarrea trastornos.
- FELIPE.—Bueno, en definitiva, no estoy de acuerdo con tus planes. Por lo demás es la propia interesada la que debe decidirlo... Yo me lavo las manos.
- EUGENIA.—Es una actitud muy tuya. Cada vez que es preciso tomar una determinación, escabulles el bulto. (Con enérgico acento). Alicia se casará con Arturo.
- FELIPE.—Haz lo que quieras, mujer. (Sale Felipe. Eugenia se queda sola en escena. Se pasea nerviosa, luego al descubrir el castillo, de naipes armado por Felipe, con un golpe de mano lo derriba).

ESCENA 9ª

(Eugenia y Alicia)

(Entra Alicia con un servicio de té)

- ALICIA.—Aproxímate hermanita, yo misma te serviré.
- EUGENIA.—Muchas gracias.
- ALICIA.—¿Más azúcar...?
- EUGENIA.—Suficiente.
- ALICIA.—Olvida lo de don Alfil, no me agrada verte tan seria...
- EUGENIA.—Estoy preocupada por otra cosa... Siéntate a mi lado y te lo diré. (Alicia toma asiento junto a su hermana que, tras una pausa, habla). Hace tiempo que tú eres para mí motivo de una gran preocupación. Ya has cumplido dieciocho años y es necesario pensar un poco en tu porvenir.
- ALICIA.—Ya salió de nuevo esa palabra tan antipática.
- EUGENIA.—Es muy posible que no siempre te hable de cosas simples pero, no me digas, que por lo menos no son útiles. Tú sabes que, más que una hermana, he sido para ti una madre.

ALICIA.—A quien quiero con toda ternura.

EUGENIA.—Pues ésta es la ocasión en que tú puedes demostrar tu cariño.

ALICIA.—¿Y en qué forma?

EUGENIA.—(Con voz reflexiva, tras una pausa). Escucha, Alicia. Ya eres una señorita y he pensado que la hora de casarte se aproxima.

ALICIA.—¿Casarme yo? ¿Y con quién?

EUGENIA.—Con un hombre sensible, cariñoso, con mucho dinero y que te hará vivir como una princesa.

ALICIA.—¿Pero quién es ese príncipe?

EUGENIA.—Bueno, tanto como príncipe, no lo es. Pero sí que es un gran caballero.

ALICIA.—¿Y lo conozco yo?

EUGENIA.—Sí. Es Arturo Lavín.

ALICIA.—¿Don Arturo? Parece que te quieres reír de mí y que me estás contando cosas tan absurdas como la de la falsa tortuga.

EUGENIA.—(Poniéndose de pie trata de contenerse). Te exijo, Alicia, que no mezcles la fantasía con un asunto tan serio como éste.

ALICIA.—(Echándolo a la broma). ¡Pero si lo que tú me dices es tan divertido!

EUGENIA.—Bien, entonces quiere decir que todo queda en nada. Mi ambición de verte convertida en una gran dama concluye con esto. Por lo tanto, no tenemos nada más que hablar. (Intenta retirarse, pero Alicia la detiene).

ALICIA.—Hermanita querida... ¿qué debo hacer para que no te enojés?

EUGENIA.—Comprender mis palabras. Es lo único que te pido. Piensa sobre todo que Arturo Lavín ha sido una verdadera providencia para nosotros. Porque, dime, ¿qué habríamos hecho si no es por su generosidad con las solas fuerzas de Felipe? Estaríamos en una situación desesperada, te lo aseguro, como lo estábamos tiempo atrás.

ALICIA.—Eugenia, yo quiero ser buena contigo y comprenderte;

pero la verdad es que no me veo casada con don Arturo, un hombre tanto mayor que yo... Me parece que todo esto es un sueño ridículo y que tú te estás divirtiendo, un poco conmigo... Sí, te estás riendo de mí. ¡Y pensar que he estado a punto de tomarte en serio...! ¡Qué tonta soy! Cualesquiera de las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas es menos absurda que ésta.

(Eugenia se retira de la escena con violencia). Alicia se queda inmóvil, luego pensativa recoge los naipes del suelo y cuando se dispone a reconstruir el castillo se oye la voz de Alfil).

ESCENA 10ª

(Alicia y Alfil)

ALFIL.—Reina Blanca, Reina Blanca...

ALICIA.—(Asomándose al balcón). ¿Qué desea mi buen Alfil?

ALFIL.—¡Cuidado con el Rey Negro!

ALICIA.—(Retrocede unos pasos y luego conteniendo el llanto se lleva las manos al rostro).

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

El mismo decorado del acto anterior.

ESCENA 1ª

(Felipe y Arturo)

FELIPE.—(Haciendo pasar a Arturo). ¡Qué agradable sorpresa! Arturo. Entra. Precisamente en estos momentos daba término a unos dibujos que me reclama con urgencia el amigo Mario.

ARTURO.—¿Los dibujos del País del Espejo?

FELIPE.—Los mismos. ¿Quieres verlos?

ARTURO.—Ya los veré con mayor detenimiento mañana en la fábrica. (Pausa). Y... ¿Regresó tu mujer ya?

FELIPE.—No. Todavía no ha vuelto. La reunión debe haberse prolongado.

ARTURO.—Eso me inquieta. Anoche tuvo una conferencia con la directiva del Sindicato y me dijeron que hoy se trataría de si van o no a la huelga. Te aseguro que me siento muy fatigado con estos malditos trajes.

FELIPE.—Pero siéntate, hombre, siéntate. Aquí estarás más cómodo ¿Y no han podido llegar a un acuerdo?

ARTURO.—A ninguno, a ninguno. En esta lucha estoy solo. Tengo la impresión, además, de que tu amiguito Mario, mi flamante jefe de talleres, a quien mandé en mi represen-

tación a la reunión, se ha puesto resueltamente de parte del personal.

FELIPE.—Exageras. Lo que ocurre es que mi amiguito Mario, como tú le llamas, trata de conciliar las partes.

ARTURO.—Y para lograr ese objetivo yo debo ceder.

FELIPE.—La verdad es que yo no entiendo mucho de estos asuntos; pero... ¿no cabría preguntarse una cosa, Arturo? Y ésta es una pregunta muy natural, después de todo ¿No tendrán un poco de razón los obreros?

ARTURO.—Veo que tú también ya tomaste partido.

FELIPE.—De ninguna manera. Te repito que no entiendo nada de estas cosas.

ARTURO.—Sin embargo, todo es muy simple. No hay necesidad de ser economista para entenderlas. El personal me asedia a peticiones en los momentos que debo recurrir a todos los créditos para cancelar los compromisos contraídos con las firmas extranjeras que me proveerán de diversos materiales para la fábrica. Y eso lo sabe muy bien Mario Fernández y tu mujer.

FELIPE.—Los obreros entienden en forma diferente el problema. Consideran que tu proyecto de ampliación de la fábrica y la mayor producción de juguetes representa mayores ganancias.

ARTURO.—Las que, de acuerdo con tu lógica, debo repartir evangélicamente con ellos.

FELIPE.—Pues no sería una mala interpretación del Evangelio.

ARTURO.—Aún reconociendo el fondo de razón que pueda tener el personal, por ahora no puedo hacer nada. La industria se haya en pleno crecimiento. Lo que importa sobre todo es no detener su desarrollo. Para eso se necesita dinero, mucho dinero.

FELIPE.—Eres el mismo de siempre, Arturo. Me parece verte aún haciendo pequeños negocios en el patio del colegio. Eras un niño tan ambicioso, no sé si alguna vez te diste cuenta, que los demás te teníamos recelo.

ARTURO.—Sí. Desde niño tuve la conciencia de que el dinero es la llave con que se abren todas las puertas.

FELIPE.—¿Todas?

ARTURO.—Sí.

FELIPE.—No lo creas. Conozco a mucha gente sin un céntimo en el bolsillo que es un tanto feliz. Por ejemplo, nuestro loco del barrio, don Alfíl.

ARTURO.—No me hables de ese pobre transtornado. A comienzos de esta semana se presentó en la tienda y provocó un escándalo.

FELIPE.—Sí, ya me enteré por Eugenia.

ARTURO.—Parece que tiene la idea fija de que mis obreros son peones que se mueven dentro de un gigantesco tablero de ajedrez.

FELIPE.—Donde tú también eres una pieza.

ARTURO.—Sí, ya sé que me llama el Rey Negro. (Aparece Eugenia). ¡Ah, por fin llega Ud.!

ESCENA 2ª

(Felipe, Arturo y Eugenia)

EUGENIA.—(Nerviosa). ¡Uf! Lo que acabo de ver y oír me tiene sobre ascuas. Esa gente es intratable. No quiere darse a la razón.

ARTURO.—Entonces quieren pelea. ¿Eh? Pues la tendrán. (Pausa). Pero, ¿qué ha pasado?

EUGENIA.—Todavía están discutiendo. Y como no van a llegar a ningún acuerdo favorable es casi seguro que se pronuncien por la huelga. Me parece que Ud. ha cometido un grave error al no asistir a la reunión.

FELIPE.—Yo también creo lo mismo.

ARTURO.—¿Y qué quieren que haga yo entre esos energúmenos? Anoche le hice ver a la directiva del sindicato la inconveniencia de sus peticiones económicos. Además Mario Fer-

nández, como jefe de ellos, es el que mejor puede representarme en estos momentos.

EUGENIA.—No lo creo. Mario Fernández, a mi juicio, está desempeñando un papel bastante desairado. No defiende los intereses de la empresa como yo esperaba. Hasta he llegado a pensar que le importa mucho más esa gente que la fábrica.

FELIPE.—(Conciliador). No, mujer, lo que hay es que tú nunca lo has mirado con simpatía...

EUGENIA.—El que le tenga o no simpatía, no le hace al asunto. Insisto en que su actuación ha sido débil, sospechosamente débil.

ARTURO.—Lo que Ud. dice confirma mis sospechas. Pero no tenía otra alternativa. O iba él o iba yo. Como no tengo muy buen genio preferí no ir. Por lo demás, como tenía previsto el caso, tomé las precauciones necesarias.

FELIPE.—¿Qué precauciones?

EUGENIA.—Las que permite la ley.

FELIPE.—Eso significa que recurrirán a la fuerza pública.

ARTURO.—Ni más, ni menos.

FELIPE.—Arturo, echas una pesada responsabilidad sobre tus hombros. ¿Sabes hasta dónde pueden llegar las circunstancias?

ARTURO.—Estoy dispuesto a todo con tal de no dejarme avasallar.

FELIPE.—Lo que yo, no soy partidario de tales violencias. Iré a ver lo que está pasando. A lo mejor todo se resuelve favorablemente. No tardo en volver. Espérame, Arturo. (Se va).

ESCENA 3ª

(Arturo y Eugenia)

EUGENIA.—Tengo confianza en que pronto hallaremos solución a este penoso conflicto. Ud. saldrá adelante, Arturo, de eso no tengo la menor duda.

ARTURO.—Me he visto en situaciones mucho más difíciles que

ésta. Pero no hablemos más del asunto. Me interesa más el problema íntimo que le he planteado a Ud., estimada Eugenia.

EUGENIA.—Sí. Ya sé a que se refiere. Hablé con Alicia y... (Vacilante) la verdad es que no sé como explicárselo... todo se muestra difícil. (Nerviosa). Bueno, resultó lo que yo esperaba.

ARTURO.—Explíquese con claridad. Las vacilaciones y, sobre todo, las disquisiciones no van con mi carácter. ¿Qué le respondió Alicia?

EUGENIA.—Nada en concreto. Ud. sabe, Alicia es tan particular. No es una muchacha como las otras de su edad.

ARTURO.—Sí. Ya todo eso lo sé. Y por eso quise que fuese Ud. quien sondease primero sus sentimientos.

EUGENIA.—Y es lo que hice.

ARTURO.—¿Con qué resultado?

EUGENIA.—Nada, en concreto, como ya le he dicho. Cuando le di a conocer su proposición matrimonial, lo tomó con la frivolidad propia de su carácter. La muchacha es demasiado candorosa y no tiene ideas claras sobre la vida. Vive sumergida en un mundo de sus sueños, de fantasías y quimeras. Ella, por decirlo así, es como un personaje más de los relatos infantiles que han servido de modelo para los muñecos de la fábrica.

ARTURO.—Siempre tuve esa impresión, y es precisamente eso lo que me atrae más en Alicia. Alicia es el mejor, el único juguete que deseo. Pienso que con ella penetraré realmente al País de las Maravillas.

EUGENIA.—Sin embargo, Arturo, la dificultad estriba precisamente en eso que a Ud. tanto le fascina. A mi juicio, se trata de hacer lo contrario. El hombre que pretenda la mano de Alicia debe rescatarla de ese mundo de maravillas, mundo falso y quimérico.

ARTURO.—Qué yo me encargaré de convertir en realidad.

EUGENIA.—Vea Ud., cuando su madre murió, Alicia no había cumplido tres años. Felipe y yo no teníamos niños. La

trajimos a vivir con nosotros. Fue nuestra hija. Eran días prósperos que duraron ¡ay! escaso tiempo. A poco Felipe fue procesado por la historia que Ud. conoce. Con la demolición del edificio se destruyeron mis más caras esperanzas. Vinieron días tristes. El revés sufrido en su dignidad de hombre y de profesional, abatió por completo a mi marido. Y este estado de cosas continúa hasta el presente. Pero yo no estoy dispuesta a dejarme estar. Soy una mujer que sabe distinguir perfectamente entre lo real y lo irreal. Y eso es lo que deseo para Alicia.

ARTURO.—Pero sin cambiar su carácter, Eugenia, sin destruir el resplandor que fluye de su frágil persona. El joyero hace lo mismo. Engarza y pule con primor, respetando la calidad primitiva otorgada por la naturaleza. Es lo que pretendo hacer con Alicia.

EUGENIA.—¿Por Dios, Arturo, en el amor resulta Ud. tan soñador como Alicia en el País de las Maravillas!

ARTURO.—¿Por qué no? He vivido durante treinta años sin permitirme la menor fantasía. De niño, me vi privado del encanto de los juegos. Había que trabajar duro. Mi madre y mis hermanas menores, a la muerte de mi padre, quedaron bajo mi cuidado. Esto significó renunciar a lo más íntimo y bello de mi propia personalidad. Más tarde, he venido a comprender que el ingreso al País de los Sueños hay que pagarlo. Para tener la libertad de soñar y de construir castillos en el aire, construí la fábrica, gané montones de dinero, y recién ahora creo tener el poder para imprimir a mi vida la dirección que siempre deseé.

EUGENIA.—Es Ud. un hombre que está a punto de lograr la felicidad. Lo que es yo, cada vez me hallo más distante de ella. Mi matrimonio con Felipe ha resultado un fracaso. No es que Felipe sea un mal hombre, es que nos separan tantas cosas. Entre ella la propia Alicia.

ARTURO.—No veo como Alicia puede interponerse entre ambos.

EUGENIA.—¡Ah! No es eso. No es que se interponga entre nosotros en forma consciente. Su presencia en esta casa ha

resultado a la postre negativa. Felipe, después del desastre económico y del proceso, en vez de volver a luchar con nuevos bríos, se refugió en el mundo infantil. Al principio, todo comenzó ingenuamente, y hasta yo misma participaba de sus juegos, creyendo que eran simples juegos, pero, a medida que transcurría el tiempo, me fui alarmando. Ya no eran simples relatos, sino dibujos en los que Felipe perdía miserablemente el tiempo, y todo para satisfacer los caprichos de una niña mimada y soñadora. Entonces fue cuando tuve la idea de llevarle los dibujos a Ud., Arturo.

ARTURO.—Feliz inspiración la suya. Pero yendo al asunto que me interesa. ¿No cree Ud. que es mejor que yo hable personalmente con ella?

EUGENIA.—(Vacilante). Bueno... si usted lo desea.

ARTURO.—Aunque no tengo mucha experiencia, sabré salvar la dificultad. Existe un vínculo de unión entre ambos, y eso es lo que deseo darle a conocer, porque es lo que todavía Alicia ignora.

ESCENA 4ª

(Arturo, Alicia y Eugenia)

ALICIA.—(Entrando por la puerta de foro). Don Arturo, Eugenia, he visto a Mario en la puerta de la fábrica discutir acaloradamente con la policía.

ARTURO.—No te inquietes, linda. No pasará nada grave.

ALICIA.—Debería ir Ud. en su ayuda. Los ánimos están enardecidos y don Alfil grita como un endemoniado.

ARTURO.—¡Esto es el colmo de lo absurdo! Un loco también mezclado en el asunto. ¡Es lo único que faltaba!

ALICIA.—Ud. lo toma a risa, pero a Mario le puede ocurrir algo desagradable.

EUGENIA.—¿Por qué tanta preocupación por Mario? Me parece que ya es bastante mayorcito para defenderse por sí solo.

- ALICIA.**—¡Por Dios! Tú tampoco quieres comprender lo que pasa. Mario es muy impulsivo y puede cometer una imprudencia. Felipe me lo ha dicho en varias oportunidades.
- EUGENIA.**—Felipe... ¿qué sabe Felipe? Lo único que sabe es contar cuentos y reirse de los demás. A mí misma incluso, me puso el nombre de Reina de Corazones.
- ARTURO.**—Pero es un nombre muy bonito.
- EUGENIA.**—Se conoce que Ud. no ha leído el libro. Dile tú, Alicia, quién es la Reina de Corazones.
- ALICIA.**—No hablemos de eso, Eugenia. Me preocupa lo que está pasando afuera. (Se asoma al balcón).
- EUGENIA.**—¿Cómo? ¿No te importa la Reina de Corazones, la que condena antes de emitir el fallo y ordena cortar la cabeza a todos los que no piensan como ella? Ya que tanto te preocupa Mario, iré a ver lo que sucede. (Alicia la sigue, pero Eugenia la detiene). No, no me acompañes. Iré sola. En la fábrica me encontraré con Felipe. (Sale).

ESCENA 5ª

(Arturo y Alicia)

- ARTURO.**—Olvidemos lo que sucede afuera y conversemos como buenos amigos. Tengo tantas cosas que decirte.
- ALICIA.**—Sobre la nueva tienda El País del Espejo, ¿no es así?
- ARTURO.**—Es algo más importante.
- ALICIA.**—Me asustan las cosas importantes. Y desde hace muy poco, advierto que todo el mundo en esta casa quiere hablarme de cosas importantes.
- ARTURO.**—Es muy natural. Ya eres una señorita.
- ALICIA.**—Yo sólo deseo ser Alicia.
- ARTURO.**—Eso es lo que me atrae en tí. Son muy pocas las mujeres que viven en forma auténtica. La mayoría de ellas están siempre desfigurándose a sí mismas. Tú no. Tú eres Alicia simplemente.

- ALICIA.—A medida que pasa el tiempo me resulta cada vez más difícil ser Alicia.
- ARTURO.—¿Por qué te has puesto tan melancólica? Tengo una sorpresa para ti.
- ALICIA.—Me encantan las sorpresas.
- ARTURO.—Adivina de qué se trata.
- ALICIA.—¿Tiene relación con el País de las Maravillas?
- ARTURO.—En cierto modo. Y será uno de los personajes principales de la serie de muñecos "El País del Espejo".
- ALICIA.—Es una linda sorpresa. Pero acertar con el personaje no es nada fácil. Son tan numerosos que a menudo me confundo con sus nombres (pausa). ¿Es Humpty Dumpty?
- ARTURO.—Frio, frío, como el agua del río.
- ALICIA.—¿Es la Reina Roja, dueña del Jardín de las Flores que Habían?
- ARTURO.—Helado, helado como un fuego apagado.
- ALICIA.—¿Es el Rey Negro, entonces?
- ARTURO.—(Riendo). No. No. Ese personaje me pertenece tanto que soy yo mismo según dice el loco Alfí.
- ALICIA.—Me doy por vencida.
- ARTURO.—Tiene cuatro patas, camina silenciosamente, ve mucho de noche y menos de día.
- ALICIA.—Ya sé. ¿La gata Dinah?
- ARTURO.—Muy bien.
- ALICIA.—¿Cuándo me la trae?
- ARTURO.—El día de tu cumpleaños.
- ALICIA.—(Fastidiada). Todavía falta mucho tiempo. Por eso prefiero los incumpleaños.
- ARTURO.—¿Qué es eso de los incumpleaños?
- ALICIA.—Es una teoría puesta en práctica por Humpty Dumpty en el País del Espejo. De los trescientos sesenta y cinco días del año, trescientos sesenta y cuatro son de incumpleaños y uno solamente de cumpleaños.
- ARTURO.—¿Y hay regalos de incumpleaños?
- ALICIA.—Claro. Si Ud., en vez de esperar me hubiera traído la

gatita Dinah hoy, habría sido un regalo de incumpleaños. Porque hoy estoy de incumpleaños.

ARTURO.—¡Ah! Quiere decir entonces que tú tienes trescientos sesenta y cuatro incumpleaños.

ALICIA.—Naturalmente. Así todo resulta más fácil.

ARTURO.—Es una teoría encantadora que me comprometería a realizar fielmente, si tú Alicia, vivieses a mi lado.

ALICIA.—¿Y cómo podría estar a su lado?

ARTURO.—Siendo mi mujer.

ALICIA.—Para eso tendríamos que casarnos.

ARTURO.—Es lo que siempre he deseado.

ALICIA.—(Que se ha alejado un tanto de Arturo, dice como hablando consigo misma). Entonces es verdad lo que me dijo Eugenia.

ARTURO.—Desde hace mucho tiempo formas parte de mi vida. Sé muy bien que no soy un muchacho joven pero no creo que esto sea un obstáculo insalvable. El amor no busca la igualdad. El amor crea la igualdad.

ALICIA.—No comprendo bien sus palabras. Realmente, me encuentro confundida y no sé qué responder.

ARTURO.—Lentamente irás comprendiendo. Entre los dos existen vínculos muy estrechos que tú no has descubierto. Yo no soy tan sólo lo que el resto de la gente piensa de mí, el hombre de empresa, ávido de dinero y sobresaturado de ideas prácticas. Soy eso, claro está, pero también en mí hay otro hombre y de ti depende la felicidad de ese hombre.

ALICIA.—Me siento tan poquita cosa como para echar sobre mi tanta responsabilidad.

ARTURO.—No digas eso. Tú posees las fuerzas que yo necesito para continuar luchando. Hasta ahora he vivido solo. Tú misma, mi querida Alicia, para no estar sola te has rodeado de innumerables personajes. Esos personajes también los necesito yo.

ALICIA.—Para ganar dinero.

ARTURO.—Es verdad. Pero hay un aspecto tan o más importante que ése; los muñecos también son parte de mi mundo in-

terior. Ya ves como no estamos tan distantes uno del otro. Muchas veces, en las noches, cuando todos están reposando y en los talleres desiertos sólo se escucha el zumbido del silencio, me paseo por las salas solitarias pero no me siento solo. Los muñecos con sus expresiones múltiples me acompañan.

ALICIA.—Y en esos momentos Ud. es feliz.

ARTURO.—Lo sería realmente si te halases junto a mí. (La toma de los hombros). Daría por estrecharte... (los interrumpe la llegada de Felipe y Eugenia).

ESCENA 6ª

(Arturo, Alicia, Felipe y Eugenia)

FELIPE.—Arturo, traemos malas noticias.

EUGENIA.—Los obreros se soliviantaron en tal forma que creen obtener una gran victoria con la huelga que acaban de acordar.

ARTURO.—¡Insensatos! Puedo prescindir de ellos en cualquier momento.

FELIPE.—Una determinación tan drástica te puede perjudicar.

ARTURO.—No creas. He tomado las medidas necesarias para salir del paso con éxito, la ley me protegerá contra esa gentuza.

EUGENIA.—Que se ha comportado como una turba sin control. Se permitieron incluso dar voces en su contra.

ARTURO.—¿En mi contra? ¡Qué estupidez! Eso prueba que de la ignorancia nunca se puede esperar gratitud. Las razones que invocan para exigir mayores salarios demuestran que no conocen mis planes.

FELIPE.—Pero seamos justos Arturo... ¡Si lo que piden es muy poco! Además, ellos saben que has aumentado el precio de los juguetes y que en breve se abrirá una nueva tienda.

EUGENIA.—A mí, lo que más me preocupa es la exportación.

ARTURO.—Eso lo he previsto. Tenemos suficiente stock en bodega. (Pausa). ¿Y qué es de Mario? ¿Por qué no ha venido personalmente a contarme lo sucedido?

FELIPE.—Pregúntale al loco Alfíl donde está Mario.

EUGENIA.—Sucedió...

FELIPE.—Un momento, mujer... A la salida de la reunión, al loco se le ocurrió que los policías eran peones vendidos al Rey Negro. Como tú comprendes, esa gente no entiende de bromas, y creyó que lo más práctico era detenerlo. Entonces Mario intervino en defensa del pobre loco y lo detuvieron a él también.

ALICIA.—Y Ud. Felipe, ¿no pudo intervenir en defensa de Mario?

FELIPE.—En esos momento no lo creí atinado. Luego veremos lo que se puede hacer.

ALICIA.—(Sin escucharle se dirige a la puerta). Me voy, permiso...

FELIPE.—De pronto, sin razón alguna, te has puesto nerviosa, pequeña. (Felipe trata de retenerla cariñosamente).

ALICIA.—(Enérgica). No me detenga. Debo ir.

FELIPE.—(Sin soltarla) ¿Pero a dónde?

EUGENIA.—¿Y se lo preguntas todavía? Va en busca de Mario. (Alicia se separa de Felipe y parte. Felipe abatido contempla los dibujos colocados en la mesa de trabajo.)

ESCENA 7ª

(Arturo, Felipe y Eugenia)

ARTURO.—Dígame, Eugenia, ¿se ve muy a menudo Alicia con Mario Fernández?

EUGENIA.—Por razones de trabajo, Mario viene con frecuencia a cambiar ideas con Felipe.

ARTURO.—Eso significa que se ven todos los días.

EUGENIA.—Bueno... es posible. Desde la tienda no puedo ver lo que pasa en casa.

- FELIPE.—(Molesto). ¿Podrían decirme a qué conduce la conversación de Uds.?
- EUGENIA.—A la confirmación de una sospecha que tenía desde hace tiempo.
- FELIPE.—Explicate.
- EUGENIA.—¿Y te lo tengo que decir cuando tú muy bien lo sabes?
- FELIPE.—¿Y qué es lo que sé yo?
- EUGENIA.—Que Alicia está enamorada de Mario.
- FELIPE.—¿Enamorada de ése? No seas ridícula Eugenia. Lo que me dices me resulta inconcebible, monstruoso.
- ARTURO.—Uds. aumentan mi desconcierto. Tengo la impresión de que Ud. Eugenia ha procedido con poca cautela. Esto me lleva a desempeñar el papel poco airoso del pretendiente burlado.
- EUGENIA.—No exagere, amigo mío. Tengo la solución del problema. Confíe en mí. Yo me encargo de la muchacha.
- ARTURO.—Y yo, del muchacho. (Vase).

ESCENA 3ª

(Felipe y Eugenia)

- FELIPE.—Parece que perdiste la partida.
- EUGENIA.—Y eso te llena de alegría. ¿No es así?
- FELIPE.—En efecto, sólo me interesa la felicidad de Alicia.
- EUGENIA.—¿Y es por eso que te aferras al propósito de retenerla a tu lado contra viento y marea? Pero yo leo el fondo de tus pensamientos y siento lástima por ti.
- FELIPE.—¿Qué quieres insinuar?
- EUGENIA.—Cosas que tú muy bien comprendes.
- FELIPE.—Yo no comprendo nada.
- EUGENIA.—Vamos, Felipe, no seas cobarde. Te niegas a ver la realidad en los precisos instantes en que es más necesaria que nunca.

- FELIPE.—¿A qué te refieres? (Pausa). (Eugenia se pasea nerviosa). Habla:
- EUGENIA.—(Lentamente): Hay cosas que no se pueden decir con facilidad porque las palabras no traducen fielmente su contenido.
- FELIPE.—Estás enigmática y vas a terminar exasperándome con tus venenosas alusiones.
- EUGENIA.—Hablemos francamente. ¿Deseas que Alicia se case?
- FELIPE.—(Vacilante). Bueno... yo no sé. Es una niña todavía.
- EUGENIA.—¿A los dieciocho años? Es la edad que yo tenía cuando me casé contigo.
- FELIPE.—Tú eres distinta.
- EUGENIA.—Dices eso porque jamás fuiste feliz conmigo. En cambio con Alicia parece que lo eres.
- FELIPE.—No lo niego. En mis días de amargura fue mi mayor consuelo. Tú, que tenías el deber de comprenderme, me acosabas a reproche.
- EUGENIA.—Quería solamente levantar tu espíritu para que no sucumbieras. Pero fue inútil. Abandonaste tu profesión, tus amistades; en una palabra, rompiste con el mundo. Entonces debí yo, la mujer hacer frente a la situación del hogar. Mientras tanto, tú te divertías contándole historias absurdas a la niña.
- FELIPE.—Alicia me ofrecía ternura.
- EUGENIA.—(Insinuante). ¿Y te la sigue ofreciendo?
- FELIPE.—No seas malvada. Ahora recién comprendo lo que has pretendido insinuarme desde hace un rato.
- EUGENIA.—¿Ves como la verdad no estaba muy lejos de ti?
- FELIPE.—¡Basta! Eres incapaz de comprender la pureza de ciertos sentimientos.
- EUGENIA.—¡Claro! Y en nombre de esa pretendida pureza has querido transformar a mi hermana en un pequeño monstruo.
- FELIPE.—Eugenia, no te lo permito..
- EUGENIA.—Sí, te lo repito. En un pequeño monstruo. Una muchacha que a los dieciocho años continúa con los juegos

de la infancia no es un ser normal. Y tú eres el responsable, solamente tú, de que Alicia sea así.

FELIPE.—Eres abominable.

EUGENIA.—Más abominable es lo que has hecho tú. Con el objeto de ser el único dueño de su corazón, durante años has tratado de mantener a Alicia fuera de la realidad. Mientras más identificada se sentía ella con Alicia del País de las Maravillas, más seguro te sentías tú. Como los hechiceros, la rodeaste de un círculo de llamas. Esas llamas se están extinguiendo. Y eso es lo que ahora te desespera.

FELIPE.—Tonterías, tonterías...

EUGENIA.—Lo que más me duele es haber entendido demasiado tarde que Alicia ha sido en gran parte la causante de nuestras divergencias.

FELIPE.—Ahora veo la razón del interés que tienes en casarla con el primer advenedizo que se presente. Basada en estúpidos celos quieres echar a tu hermana de la casa.

EUGENIA.—¡Felipe!, no te acepto esa clase de infamias. (Aparece Alicia, se queda junto a la puerta y los mira con temor).

ESCENA 9*

(Felipe, Eugenia y Alicia)

FELIPE.—Entra, Alicia...

ALICIA.—No, regresaré en otro momento... Tengo la impresión de que discutían por mí. (Quiere irse).

FELIPE.—Espera... ¿tuviste un disgusto?

ALICIA.—Sí...

EUGENIA.—Presiento que algo te ha sucedido.

ALICIA.—Quizás..., pero yo misma ignoro lo que me ocurre.

EUGENIA.—No tardarás en saberlo.

FELIPE.—No la molestes. Ven, pequeña. Tienes las manos frías.

ALICIA.—Siento ganas de llorar.

FELIPE.—Tonterías. ¿Recuerdas como Alicia, al iniciar su maravillosa aventura nada en sus propias lágrimas?

ALICIA.—Sí.

FELIPE.—No deseo que suceda lo mismo con la Alicia que tanto quiero. A nuestro alrededor existen personajes y países encantados que pueden hacernos olvidar las asperezas de la vida.

ALICIA.—Esa belleza me parece ahora muy distante.

FELIPE.—No hables así, pequeña Alicia. Todo está junto a nosotros, muy cerca de nuestro corazón.

EUGENIA.—(Llamándola con tono imperioso). ¡Alicia!

ALICIA.—¿Qué deseas Eugenia?

EUGENIA.—Arturo nos invitó a tomar té. Prepárate para salir.

TELON LENTO

FIN DEL SEGUNDO ACTO

T E R C E R A C T O

El mismo decorado de los actos anteriores

ESCENA 1ª

(Felipe y Alicia)

FELIPE.—Alicia ¿no piensas que puedes coger un resfriado? La mañana está un poco fría.

ALICIA.—(Desde el balcón). Es un hermoso día de otoño. Pronto vendrá el invierno y todo se pondrá muy triste.

FELIPE.—(Aproximándose a ella). ¿Qué te ocurre, mi reina?

ALICIA.—No me lames así. Ya dejé de ser reina. Soy apenas una muchacha que en vano trata de entenderse a sí misma.

FELIPE.—Todos tenemos el mismo problema. ¿Crees tú que existe alguien que se entienda a sí mismo?

ALICIA.—¡Es que han sucedido tantas cosas estos últimos días!

FELIPE.—No seas aprensiva. Nada ha cambiado. Todo sigue igual.

ALICIA.—Sin embargo, hasta la propia casa, esta misma habitación, me resultan extrañas.

FELIPE.—Pero yo sigo siendo el mismo.

ALICIA.—Le creo, Felipe. Ud. no puede cambiar. Pero a Eugenia la noto diferente, al menos desde hace algún tiempo.

FELIPE.—¿Qué nos importa Eugenia a nosotros? Nosotros formamos parte de un mundo distinto. Ella, por ejemplo, cree

que tú debes casarte con Arturo para alcanzar la felicidad.
ALICIA.—Y usted, Felipe ¿qué opina?

FELIPE.—Ese proyecto es un disparate de Eugenia. Arturo es muy amigo mío y es todo un caballero; pero no es para tí. El no conoce tu alma ni puede por eso apreciarla. Nadie te conoce como yo.

ALICIA.—¿Quién sabe?

FELIPE.—¡Cómo! ¿Pones en duda mis palabras?

ALICIA.—No es eso...

FELIPE.—Entonces deja de lado esas preocupaciones y alégrate conmigo. (Pausa. Se sienta frente a Alicia y se pone una pipa en la boca). Yo soy el gusano azul y estoy sentado en hongo de mágicos poderes. Comiendo de uno de sus lados, se crece.

ALICIA.—(Siguiendo el juego). ¿Y comiendo del otro lado?

FELIPE.—Uno se vuelve pequeño como una brizna. ¿Quién eres tú?

ALICIA.—(Haciendo una venia con la cabeza). Antes de hablarme, debe Ud. presentarse, señor gusano azul.

FELIPE.—¿Por qué?

ALICIA.—No, Felipe, dejemos esto. No sé por qué el juego, no lo siento como antes. Quizá me suceda lo que a la crisálida cuando se convierte en mariposa.

FELIPE.—Tú siempre has sido una mariposa girando en torno a las flores de los sueños.

ESCENA 2ª

(Felipe, Alicia y Eugenia)

EUGENIA.—(Entra por la puerta del foro. Se sienta). ¿No ha llegado todavía Arturo? Me dijo que vendría antes de almuerzo.

FELIPE.—Sí, lo he estado esperando. No tardará en llegar.

EUGENIA.—Arturo es, en verdad, todo un hombre de empresa.

A pesar de las dificultades surgidas, sigue inalterable en su proyecto de abrir la nueva tienda. Esta mañana le llevaron los diseños para la decoración interior. Estuvimos examinándolos y me han parecido soberbios. Pienso, no obstante, que tú podías mejorarlos. Se lo sugerí a Arturo y estuvo de acuerdo.

FELIPE.—No tengo inconveniente en colaborar, aunque todo eso me parece prematuro mientras la situación de la fábrica no se modifique.

EUGENIA.—Tú sabes muy bien que las conversaciones entre Arturo y los huelguistas no han dado por ahora ningún resultado positivo. Pero el hambre terminará por doblegarlos.

ALICIA.—¡Qué crueldad!

EUGENIA.—La crueldad, mi querida Alicia, es a menudo necesaria para lograr el triunfo.

FELIPE.—No estoy de acuerdo con tus palabras.

EUGENIA.—¡Claro! Uds. siempre unidos contra mí.

ALICIA.—Eso no es verdad.

EUGENIA.—Sin embargo los hechos demuestran lo contrario.

FELIPE.—¿Qué hechos son éstos?

ALICIA.—Sí, Eugenia, aclara tus palabras.

EUGENIA.—Mira, Alicia, te voy a decir algo que he callado durante años. Creía en esa forma resguardar la armonía de esta casa. Pero me equivoqué. Uds. me apartaron de su lado y me convirtieron en una extraña dentro de mi propio hogar.

ALICIA.—¿Cómo puedes decirme eso, a mí, que te quiero tanto?

EUGENIA.—No dudo que me quieres. Pero, involuntariamente me has causado daño.

FELIPE.—El daño lo estás causando tú, ahora.

EUGENIA.—Calla, Felipe. ¿Todavía te obstinas en ocultarle lo que pasa entre nosotros?

FELIPE.—No hay nada que ocultar, bien lo sabes.

ALICIA.—¿Qué es lo que me ocultan y qué daño he podido causarte? (Casi llorando).

EUGENIA.—Sin darte cuenta, me separaste de Felipe. No llo-

res, pequeña. Reconozco que yo también fui un poco culpable. Después del fracaso que tuvo Felipe, nuestra situación económica se tornó difícil, tanto, que me vi precisada a trabajar donde Arturo. Mientras yo estaba en la tienda, luchando por la seguridad del hogar, tú con Felipe construían un mundo ilusorio, del que yo nunca formé parte. El País de las Maravillas era un país exclusivo de Uds. dos. Para mí, sólo existía el mundo cotidiano, vulgar y sórdido. Todas las tardes al entrar en esta habitación, ustedes me miraban como una intrusa...

ALICIA.—(Emocionada). No, eso no...

EUGENIA.—Sí, Alicia, como una intrusa. Uds. estaban sumergidos en los sueños y yo parece que representaba la odiosa realidad. Ya ves como sin sospechartelo, mi querida Alicia, tu país de las maravillas fue para mí un mundo hostil.

ESCENA 3ª

(Felipe, Alicia, Eugenia y Alfíl)

ALFIL.—(Siempre desde afuera). ¡Don Felipe! ¿Está Ud. en casa?

EUGENIA.—Ese loco, otra vez. Sus gritos me exasperan.

FELIPE.—(Yendo a la ventana). Hay que tener paciencia con el pobre hombre. (Asomándose). ¿Qué novedades tiene, señor Alfíl?

ALFIL.—Grandes y terribles novedades, don Felipe.

FELIPE.—No me asuste, señor Alfíl.

ALFIL.—El Rey Negro está sombrío. Le preocupa la rebelión de los peones.

FELIPE.—No se alarme por eso. Estoy seguro que pronto se restablecerá la calma sobre el tablero.

ALFIL.—Mientras el Rey Blanco no sea rescatado, no tendremos tranquilidad.

ALICIA.—¿A quién llama el Rey Blanco, don Alfíl?

- ALFIL.—Beso a Ud. la mano, Reina Blanca y digo: (Sentencioso).
El Rey Negro ha hecho prisionero al Rey Blanco.
- ALICIA.—(Dirigiéndose a Felipe). ¿Es verdad lo que dice este hombre?
- FELIPE.—No le hagas caso. Es una nueva extravagancia.
- ALFIL.—Don Felipe, quiero comunicarle un gran secreto.
- FELIPE.—¿Se trata de una jugada?
- ALFIL.—Sí, de una emocionante jugada que debemos preparar juntos.
- FELIPE.—Bueno, ya bajo. (Dirigiéndose a ellas). Iré a conversar con él, de lo contrario no tendrá cigarrillos. (Sale por la puerta del foro).

ESCENA 4ª

(Alicia y Eugenia)

- EUGENIA.—Ahí tienes tú... Siempre perdiendo el tiempo con gente desatinada.
- ALICIA.—Sin embargo, en medio de su desvarío los locos muchas veces dicen cosas cuerdas.
- EUGENIA.—Lo que es éste, dice tonterías.
- ALICIA.—Ha dicho una verdad, Eugenia. Si Mario continúa en la cárcel se debe exclusivamente a don Arturo. En esto el loco no hace otra cosa que repetir los comentarios de los demás.
- EUGENIA.—Comentarios insidiosos por cierto. ¿Qué ganaría Arturo con mantener preso a Mario?
- ALICIA.—Eso lo sabes tú mejor que yo.
- EUGENIA.—¿Crees tú desempeñar un papel en el asunto?
- ALICIA.—Sí, don Arturo tiene celos de Mario.
- EUGENIA.—¡Qué ocurrencia! Un hombre como Arturo, dueño de una situación privilegiada, celoso de un pobre diablo.
¡No me hagas reír!
- ALICIA.—La diferencia no reside en que uno sea un potentado

y el otro un pobre diablo, como dices, sino en la calidad de sus sentimientos.

EUGENIA.—Arturo es una excelente persona.

ALICIA.—¿Cómo puedes defender a un hombre sin escrúpulos?

EUGENIA.—No creo que Arturo se haya valido de un medio tan bajo para eliminar a un rival como Mario.

ALICIA.—¡Te vuelvo a asegurar, Eugenia, que si Mario prosigue preso es porque su patrón así lo quiere!

EUGENIA.—Influenciada por el loco del barrio, hablas sin ton ni son, como una niña chica.

ALICIA.—Las cosas no son como tú crees. Fue Mario quien me lo dijo.

EUGENIA.—¡Ah!, fuiste a ver a Mario sin consultármelo. Sabe Dios que otras insidias te habrá metido ese infeliz en la cabeza.

ALICIA.—No es un infeliz.

EUGENIA.—Sí, y también un ingrato que olvida todo lo que le debe a Arturo. Me acuerdo como si fuera ayer, cuando llegó, como un muerto de hambre, a la fábrica a pedir trabajo.

ALICIA.—¡Calla, calla!

EUGENIA.—No sólo le dio trabajo, sino que también lo trató como un hijo, haciéndolo el hombre de su entera confianza.

ALICIA.—Esa situación la conquistó con su esfuerzo. Y si don Arturo lo distinguía en su trato, era porque Mario aumentaba sus ganancias.

EUGENIA.—¡Estás repitiendo las cosas que te dice ese truhán.

ALICIA.—No lo llames así.

EUGENIA.—Sí, truhán.

ALICIA.—Yo lo amo, hermanita. (Llorando). No lo llames con ese nombre tan feo.

EUGENIA.—Reconozco que he sido un poco dura contigo; pero es que deseo tanto tu felicidad. Desde que mamá murió fuiste motivo de todas mis preocupaciones; deseaba para ti lo que personalmente no obtuve en mi matrimonio. La diferencia de edad que existe entre nosotras nos hace mi-

rar la vida desde ángulos distintos. ¿Crees tú que serás dichosa junto a Mario?

ALICIA.—¡Oh, sí! Me quiere tanto.

EUGENIA.—Pero es un hombre pobre. Junto a él te espera una vida llena de problemas. En la que no habrá sitio para tus sueños habituales. Has sido siempre una niña soñadora.

ALICIA.—No seré más una niña soñadora.

EUGENIA.—Tendrás que renunciar al mundo del País de las Maravillas.

ALICIA.—Por estar a su lado, estoy dispuesta a dejarlo todo.

EUGENIA.—¿Tanto lo quieres?

ALICIA.—Con todo el fuego de mi ser.

EUGENIA.—¿Desde cuándo lo quieres?

ALICIA.—Desde siempre. Pero sólo me di cuenta de ese amor cuando lo vi en la cárcel. Tú debes ayudarme, Eugenia.

EUGENIA.—Lo veo difícil, pero trataré de hacer algo por ti. (Se pone de pie). Arturo ya no viene. Iré en busca de los diseños. (Sale).

ESCENA 5ª

(Alicia sola)

ALICIA.—Es curioso lo que me ocurre. Miro lo que me rodea, el viejo taller del viejo Felipe y me parece que por primera vez veo las cosas como son. Es como si hubiera atravesado el espejo, viniendo de la habitación imaginaria a la habitación real. (Murmullo de voces). Son los obreros. Ellos también sueñan. Por eso luchan. Tratan de conquistar una vida mejor. Mario, yo y todos los soñadores del mundo estamos con ellos. (Las voces se alejan. Entra Arturo).

ESCENA 6ª

(Alicia y Arturo)

ARTURO.—Buenas tardes, Alicia. ¿Inoportuno?

ALICIA.—¿Busca usted a Eugenia? Acaba de salir.

ARTURO.—Lo sé. Pero es contigo con quien deseo hablar.

ALICIA.—Nosotros no tenemos nada que decirnos.

ARTURO.—Te noto nerviosa. ¿Es que te ha sucedido algo desagradable?

ALICIA.—Muchas cosas desagradables.

ARTURO.—Si yo pudiera hacer algo por ti... Cuéntame lo que ha pasado.

ALICIA.—Tuvimos un cambio de palabras con Eugenia. Y me siento muy apenada porque es la primera vez que discutimos.

ARTURO.—Estoy seguro de que Eugenia sólo desea lo mejor para ti.

ALICIA.—Para mí, no, quizás para usted.

ARTURO.—Tú tienes algo contra mí. Dímelo.

ALICIA.—Lo que ha hecho usted con Mario es indigno.

ARTURO.—¿Qué he hecho yo con Mario?

ALICIA.—En lugar de prestarle ayuda, trata de perjudicarlo.

ARTURO.—No sé quien puede decir semejante infundio. Mario está detenido por cometer un desacato contra la autoridad... Eso es grave...

ALICIA.—Su declaración ante el juez en nada favoreció a Mario.

ARTURO.—Me limité a decir la verdad.

ALICIA.—(Ud. declaró que Mario en vez de representar sus intereses se puso abiertamente de parte de los obreros.

ARTURO.—¿No es ésa acaso, la verdad? Y dime, finalmente, ¿qué interés puedo tener yo en perder a ese muchacho?

ALICIA.—Usted presiente que lo amo.

ARTURO.—No, tú no puedes amarlo. El amor significa, en el fon-

do, el reconocimiento de ciertos vínculos. ¿Qué puede unirte a él?, ¿un simple artesano, vulgar, sin imaginación, incapaz de comprenderte? Te equivocas Alicia, no es amor lo que sientes por él.

ALICIA.—El tener su imagen constantemente en la memoria y el querer participar de todas sus preocupaciones, si no es amor eso, ¿qué es amar entonces?

ARTURO.—Es el amor que creemos sentir a los dieciocho años. A esa edad confundimos los sentimientos. Puede ser que Mario despierte en ti una pasajera simpatía. Yo veo para ti otro destino.

ALICIA.—Casarme con Ud. ¿no es eso?

ARTURO.—Sí. Ese es tu destino. A mi lado serás una reina, junto a Mario una mujer frustrada. Yo te ofrezco la posibilidad de realizar todos tus sueños, él en cambio ¿qué te ofrece?

ALICIA.—La vida.

ARTURO.—Tu verdadera vida es la que siempre te ha rodeado. Es el mundo encantado del País de las Maravillas, con sus personajes que serán reales, gracias a mi voluntad. Junto a mí, tus sueños dejarán de ser simples sueños para convertirse en algo concreto. Muchas de esas creaciones mías que han conmovido tan hondamente el alma de los niños, me vinieron de ti, Alicia. Sin saberlo, has colaborado conmigo. Y ahora no puedo prescindir de ti, y me atrevo a pensar que tú tampoco puedes prescindir de mí.

ALICIA.—No sé, don Arturo, va a terminar por desconcertarme.

ARTURO.—O por conducirte al sendero de tu auténtico destino que tus sueños te señalan. Yo sé que aprenderás a amarme, cuando seas mi mujer y colaboremos juntos. El País del Espejo será nuestra aventura. Una bandada de corazones infantiles nos acompañarán en el largo itinerario.

ALICIA.—¡Oh sí! Dejemos que los niños acudan a nuestros sueños.

ARTURO.—¿Ves tú como estamos hechos el uno para el otro?

ALICIA.—Si no hubiese entregado ya mi corazón, lo acompañaría, créamelo don Arturo, en ese fantástico viaje.

ARTURO.—Muy poco valor le reconoces a tu corazón entregándolo a un cualquiera.

ALICIA.—Mario no es un cualquiera.

ARTURO.—(Lleno de ternura). Escucha, pequeña, todo lo que he realizado se identifica contigo. No debes abandonarme en el instante en que más cerca me siento del triunfo.

ALICIA.—Con Mario en la cárcel. (Murmillos de multitud crecen lentamente). Y los obreros en la calle. ¿Escucha sus protestas?

ARTURO.—Depende de ti la solución de todo eso.

ALICIA.—¿De mí?

ARTURO.—Si te casas conmigo...

ALICIA.—¡Es innoble lo que Ud. me propone! Amo a Mario y su libertad la obtendré sin su ayuda. El amor me dará el apoyo necesario.

ARTURO.—¿Es tu última palabra?

ALICIA.—Sí.

ARTURO.—Entonces, no tenemos nada más que hablar. Has destruido el País de las Maravillas.

ALICIA.—No es verdad eso.

ARTURO.—Me lo prometí a mí mismo. Terminar con la fábrica, cerrar la tienda y dejar a los niños sin esos juguetes si me rechazabas. (Nuevamente se oyen voces de la multitud).

ALICIA.—¡Don Arturo por Dios! Usted no puede cometer esos atentados.

ARTURO.—Sí, lo haré, tú lo has querido. (Entra Felipe).

ESCENA 7ª

(Alicia, Arturo y Felipe)

ARTURO.—¿Qué quiere esa gente, que aún continúa gritando?

FELIPE.—Alguien los informó que tú vendrías a la fábrica. Pa-

rece que intentan presionarte con ese despliegue de fuerzas. Exigen la inmediata libertad de Mario. Hablando con algunos de ellos, traté de llamarlos a la cordura y les hice ver que con exaltarse no adelantarian nada.

ALICIA.—Son capaces de cualquier desatino si Mario no sale pronto en libertad.

ARTURO.—¡Qué hagan lo que quieran! A mí nada de todo esto me importa ya.

FELIPE.—¿Pero... cómo...? No puedes soslayar la importancia del problema, sobre todo ahora, en vísperas de inaugurar la nueva tienda. ¿A propósito, trajiste los diseños?

ARTURO.—Los olvidé, Eugenia fue a buscarlos. Por lo demás, poco importa que los traiga o no.

FELIPE.—No comprendo lo que dices. (A Alicia). ¿Sabes tú algo?...

ALICIA.—Don Arturo me ha dicho que ya no le interesa la fábrica.

FELIPE.—¿Es verdad eso?

ARTURO.—Sí, he decidido concluir con el negocio.

FELIPE.—Es inaudito ¿a qué se debe un cambio tan inesperado?

ARTURO.—Si todavía no lo adivinas, ya lo sabrás a su debido tiempo. Me marchó. (Hace un leve saludo con la cabeza y se va).

ESCENA 8ª

(Alicia y Felipe)

FELIPE.—Tu negativa de casarte con él, ha trastornado al amigo Arturo. Cuando se entere Eugenia, nuestra Reina de Corazones, pedirá que corten más de una cabeza.

ALICIA.—Por favor, Felipe, no es el momento de hacer bromas.

FELIPE.—Todo lo contrario. Ya no tenemos el peligro de que te cases con Arturo.

ALICIA.—Nunca existió ese peligro. Don Arturo es un buen hom-

bre, lástima que se dejó arrastrar por un impulso mezquino al no defender a Mario, como era su deber.

FELIPE.—No te preocupes tanto por Mario. No va a estar toda la vida preso.

ALICIA.—No estaré tranquila hasta no verlo en libertad. Lo quiero tanto.

FELIPE.—¿Y eso lo sabe Eugenia?

ALICIA.—No hace mucho se lo dije.

FELIPE.—Supongo que Eugenia se ha opuesto a tus relaciones con Mario y no dejo de pensar que su actitud es razonable.

ALICIA.—¡Cómo! ¿Usted también en mi contra? Y pensar que estaba tan segura de contar con su apoyo.

FELIPE.—Estaré a tu lado en todo lo que sea conveniente para ti.

ALICIA.—Si piensa que Mario no me conviene, se equivoca.

FELIPE.—Pues yo no le concedo a eso que llamas tu amor por Mario, ninguna importancia. ¡Qué cosas se le ocurren ahora a tu cabecita loca!

ALICIA.—Mis sentimientos, aún los más profundos, usted los toma a la ligera. Eso me causa mucha tristeza.

FELIPE.—No comprendes que de existir ese amor tendrás que huir de ti misma, abandonar esta casa... No, Alicia. Esa es una empresa superior a tus fuerzas. Tú serás siempre Alicia, la pequeña Alicia del País de las Maravillas.

ALICIA.—Esa criatura ya no existe.

FELIPE.—No, Alicia, no. No se puede negar tan fácilmente el pasado. Sobre todo, cuando uno ha conseguido identificarse con muchos seres de la poesía.

ALICIA.—Ud. me idealiza, Felipe, lo mismo que don Arturo. Los dos no ven en mí sino un juguete. Y yo soy un ser humano.

FELIPE.—Los seres humanos me han dado las peores amarguras. Al abandonar esta casa, te puede ocurrir lo mismo a ti.

ALICIA.—Si quiero vivir, debo correr mi suerte. Aquí no he vivido sino como un personaje de sus sueños, Felipe. Y eso no puede continuar.

FELIPE.—¿Qué te ha ocurrido que ahora piensas así?

ALICIA.—He descubierto cosas que antes habían permanecidos ocultas para mí. De súbito se rasgaron los velos que las cubrían.

FELIPE.—¿Y qué viste?

ALICIA.—Un mundo pequeño, egoísta. Me enteré, por ejemplo, que Eugenia no piensa en mi felicidad, sino en su propio porvenir personal al tratar de casarme con Arturo.

FELIPE.—Pero yo...

ALICIA.—Usted también es un egoísta.

FELIPE.—¡Pero cómo! ¿No reconoces que entre los dos existió siempre generosidad y armonía?

ALICIA.—Mejor dicho egoísmo. A su lado, he sido un simple juguete.

FELIPE.—Mucho más que eso... Tus palabras tan duras me dan a entender que ignoras lo mucho que te quiero.

ALICIA.—Con un cariño de indole mezquina. Ud. siempre ha tratado de mantenerme encerrada en el mundo de sus sueños irrealizables. Por eso ahora intento liberarme, acompañando al único hombre que me ha tratado como una mujer, usted se rebela.

FELIPE.—No, Alicia, no me rebelo. Solamente quiero que me comprendas. No me abandones.

ALICIA.—Debo partir.

FELIPE.—Partiremos juntos.

ALICIA.—Usted me llevaría a un mundo imaginario.

FELIPE.—¿Dónde acaso nos espera la dicha.

ALICIA.—No comprendo una dicha sin el hombre que amo.

FELIPE.—¡No hables más de él! Existimos solamente tú y yo.

ALICIA.—¿Qué quiere decirme con eso? (Pausa). No logro entender.

ESCENA 9ª

(Alicia, Felipe y la voz de Alfil)

ALFIL.—Reina Blanca, soy portador de grandes noticias.

ALICIA.—Es don Alfil... Me llama.

FELIPE.—No le hagas caso. Debe ser otra de sus locuras.

ALICIA.—Es que puede haber ocurrido algo. (Se dirige al balcón).

FELIPE.—No vayas. Yo le hablaré.

ALICIA.—Presiento que trae noticias de Mario.

FELIPE.—(Deteniéndola). Es mejor que vaya yo, te lo repito.

ALICIA.—(Rechazándolo). ¡Suélteme! (Asomándose al balcón).

Aquí estoy don Alfil.

ALFIL.—El Rey Negro fue derrotado. El Rey Blanco quedó en libertad y en estos momentos atraviesa el tablero para reunirse con su Reina.

FELIPE.—No seas tonta, Alicia. Ese hombre está delirando como de costumbre.

ALICIA.—Mi corazón me dice que Alfil está en lo cierto.

ALFIL.—Adiós Reina Blanca, sé feliz con tu Rey. Debo irme. Las piezas del gran ajedrez de la ciudad me están esperando para librar la última batalla contra el Rey Negro. (Entra Mario).

ESCENA 10ª

(Alicia, Felipe y Mario)

(Mario aún no ha sido visto)

FELIPE.—La falta de Mario es demasiado grave para que pueda salir tan rápidamente en libertad. El no tiene dinero para pagar la fianza que exige la ley.

ALICIA.—Me vendería como esclava por verlo de nuevo libre.

MARIO.—No hace falta, amor mío. Los obreros la pagaron.

ALICIA.—¡Mario!

MARIO.—Sí, Alicia, aquí estoy nuevamente a tu lado.

ALICIA.—Llévame contigo.

FELIPE.—¿Qué estás diciendo, Alicia?

ALICIA.—Sí, sí. No quiero estar más en esta casa. Yo también sin darme cuenta he vivido en una cárcel y ahora quiero disfrutar de una verdadera libertad.

FELIPE.—Supongo que usted, Mario, no tomará en serio sus palabras.

MARIO.—Explicáte, Alicia, te lo ruego. Tú sabes bien que te amo.

ALICIA.—En estos últimos días he visto claramente que mi permanencia en esta casa es insostenible.

FELIPE.—¿Por qué dices eso, pequeña?

ALICIA.—Es una pregunta inútil, Felipe. Ud. bien sabe las causas.

FELIPE.—Lejos de esta casa te espera la dura realidad.

MARIO.—Sólo en esa dura realidad florecen los verdaderos sueños.

FELIPE.—Pero éstos son tus sueños, Alicia. ¡Míralos, aquí están! (Le señala los dibujos). Este es tu mundo, el del País de las Maravillas.

ALICIA.—Eso pertenece a un pasado cada vez más remoto. Ese mundo que usted invoca, tal vez sólo me sirvió para darme a conocer que es el mundo real el único que vale la pena de vivirse.

MARIO.—¡¡Es el gran País de las Maravillas!! Si estás dispuesta a acompañarme en una prodigiosa aventura en el mundo real, vente conmigo, Alicia. No te ofrezco tesoros ni quimeras. Sólo te ofrezco amor.

ALICIA.—(Se adelanta hacia Mario). Sí. Vamos.

FELIPE.—Alicia, piensa bien en lo que haces. ¡Te prohíbo que te vayas! (Aparece Eugenia).

ESCENA 11ª

(Alicia, Felipe, Mario y Eugenia)

EUGENIA.—(Que ha escuchado las últimas palabras). No te interpongas Felipe.

FELIPE.—Pero, Eugenia, no comprendo tu actitud.

EUGENIA.—En esta oportunidad, la Reina de Corazones entrega el fallo después de consumado el juicio. Déjala que se vaya. Vete Alicia y que seas feliz.

(Alicia y Mario se retiran. Lentamente vuelven las voces de la multitud).

ESCENA 12ª

(Felipe y Eugenia)

FELIPE.—(Tras una pausa se dirige a la ventana y cierra los batientes; la multitud afuera sigue dando voces cada vez con mayor intensidad. Eugenia lo mira, mueve la cabeza con desaliento y hace mutis).

FIN DEL TERCER ACTO

Impreso en los
Talleres de Arancibia Hermanos
S a n t i a g o
C h i l e
1 9 6 4